

Kliksberg, Bernardo. (mayo de 2011). *Mitos sobre la pobreza*. En: Encrucijadas, no. 51. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>

REALIDADES Y PERCEPCIONES

## Mitos sobre la pobreza

Por  
**Bernardo Kliksberg**

Asesor especial del PNUD/ONU, y otros organismos internacionales. Profesor Honorario de la UBA. Orden al Merito Civil del Rey Juan Carlos I de España. Designado por el Legislativo Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires. Autor de numerosas obras, entre las más recientes el best seller internacional "Primeros la gente" escrito con el premio Nobel Amartya Sen (7a edición, TEMAS, 2010).

Los mitos acerca de la pobreza reseñados en este artículo operan en la práctica como grandes "coartadas": que es una fatalidad, que es responsabilidad de los pobres y que no tiene solución. En la Argentina de los 90, las medidas aplicadas generaron impactos totalmente regresivos en términos de pobreza que llegó al 23% a fines de la década del 90 hasta duplicarse para fines de 2002 con casi el 58%. Las políticas cambiaron totalmente y los resultados lo muestran. Pero el cultivo sistemático en la población de ciertos mitos sobre la economía en general y sobre la pobreza en particular, conformó un "núcleo duro" de percepciones de la realidad que permanece en amplios sectores.

### I. Un "Núcleo Duro" De Percepciones

Las políticas aplicadas en los 90 generaron impactos totalmente regresivos en términos de pobreza. Argentina fue un anticipo del "fundamentalismo de mercado", como lo llama el Nobel, Joseph Stiglitz, que habría de causar a fines de 2007 daños severos a la economía americana, catalizando la actual crisis económica mundial.

Políticas como la desprotección total de la pequeña y mediana empresa, la reducción indiscriminada del funcionariado público, la privatización a ultranza con condiciones frecuentemente muy cuestionadas, la concentración del crédito y otras medidas, llevaron a que la tasa de desocupación llegara al 23% a fines de los 90. El desempleo juvenil subió de 21.7% en 1990 a 39.5% en 2000. La pobreza se duplicó y alcanzaba a fines de 2002 a casi el 58% de la población.

Las políticas cambiaron totalmente y los resultados lo muestran. Pero el cultivo sistemático en la población de ciertos mitos sobre la economía en general y sobre la pobreza en particular, conformó un "núcleo duro" de percepciones de la realidad que permanece en amplios sectores. Las mismas son obstáculos significativos en la acción por superar la pobreza, deben ser puestas en debate y confrontadas para que las políticas públicas puedan avanzar sólidamente en este campo crucial.

### II. Algunos de los mitos usuales

Veamos algunos de los mitos de alta difusión:

#### a. El mito de la pobreza como fatalidad inexorable

El Presidente de los 90 reaccionaba ante la interrogación periodística sobre por qué seguía subiendo la pobreza en lo que llamaba "Argentina potencia", señalando que

“pobres hay en todos lados” y que “pobres hubo siempre”.

Sintetizaba la idea de que la pobreza es inevitable. Por ende es ajena a toda responsabilidad de las políticas públicas y de las sociedades. En algún momento ubicado mucho más allá en el tiempo se reducirá como efecto del “derrame económico” que el modelo que preconizaba traería a todos los sectores.

El razonamiento de la “inevitabilidad” y por ende “de la falta de responsabilidades” sigue muy presente en la visión usual. Se cae, en cuanto se lo confronta con la realidad. No hay pobreza en todos lados. En Noruega casi no existe, y lo mismo sucede en los países nórdicos en general. En Japón es del 4%. Por lo tanto, puede erradicarse totalmente de una sociedad. Por otra parte, como sucede normalmente con los mitos, son útiles para eludir las gradaciones. No es lo mismo tener un 58% de pobreza como Argentina en 2002 a tener 18% como en Costa Rica. Las diferencias significan millones de personas con vidas comprometidas severamente y grados mínimos de libertad real.

La otra parte del mito, la permanencia de la pobreza en el tiempo, tampoco resiste el cotejo básico con los hechos. En la Argentina de inicios de los 60, con diversos problemas, bajaba de un dígito y era más de cuatro veces menor a la que tenía el país cuando terminaron los 90. Así que no resulta cierto que “hubo siempre”.

Cuando se cae el mito aparecen las responsabilidades. En países con las potencialidades de la Argentina, la pobreza es un constructor histórico-social. Sus niveles estarán ligados a la calidad de las políticas gubernamentales, y las actitudes y acciones de la sociedad.

Así, que Costa Rica haya tenido en el último medio siglo niveles de pobreza menores a la mitad de los de América Latina, tiene que ver con el establecimiento de políticas sociales de largo plazo en áreas como educación y salud. Es uno de los pocos países de la región que ha tenido “Políticas Sociales de Estado” en este campo, que se han continuado con sus especificidades en diversas administraciones.

En Chile, la dictadura militar, a pesar de los progresos económicos, llevó a que la pobreza se duplicara. Entre el inicio y el final de la era de Pinochet pasó de un 20 a un 40% de la población. La democracia hizo de ella una prioridad, y el gobierno de Bachelet finalizó con un 13% de pobreza.

#### **b. El mito de que la responsabilidad de la pobreza es de los pobres**

La argumentación toma múltiples formas, pero el argumento central es que hay ciertas características en el comportamiento de los pobres que generan y mantienen la pobreza. Puede llenarse con prejuicios variados: beben demasiado, tienen poca inclinación a esforzarse, no les interesa educarse.

Tras el mito subyace un implícito: la pobreza sería un problema de conductas individuales. Si se superaran estos rasgos, desaparecería. En definitiva sería culpa de sus mismas víctimas. El mundo simplificado que ofrece el mito es muy diferente del real. En América Latina hay actualmente 189 millones de pobres. Casi uno de cada tres latinoamericanos está por debajo de la línea de la pobreza. Puede alguien atribuirlo a comportamientos personales. No resulta evidente que hay ausencia de oportunidades de cambio para un amplio sector de la población.

En 2009, según los estimados de la CEPAL, se agregaron ocho millones más como consecuencia de los efectos de la crisis mundial, entre ellos, la caída de las

exportaciones, de las inversiones, del turismo y el descenso de las remesas migratorias. ¿Donde está la culpabilidad de los pobres?

El tema es inverso. Una de las dificultades mayores de la situación es que muchos de los pobres están viviendo en “trampas de pobreza”. En sociedades tan desiguales como las latinoamericanas tiende a conformarse el “accidente de nacimiento”. Según el estrato social, la región geográfica y las condiciones del hogar donde se nace, habrá posibilidad de recibir buena educación y protección en salud, o sucederá lo contrario. El niño que nace en un hogar pobre estará expuesto a riesgos de salud más severos. En muchos casos, trabajará desde pequeño, sus padres podrán darle una dedicación limitada porque su esfuerzo está en la supervivencia diaria, y tendrá altas probabilidades de no terminar el colegio secundario.

Si la secundaria completa será difícil que en la actualidad sea contratado por una empresa de la economía formal, aunque sean empleos no calificados. Deberá subsistir en la marginalidad y la informalidad, con trabajos precarios y sin protección.

De no mediar políticas públicas activas que rompan las “trampas de pobreza”, probablemente, los grupos familiares que conforme van a reproducir destinos similares. Así, en la región, si se toma el grupo de hijos de padres que terminaron la Universidad, el 91.4% finaliza la secundaria y el 71.7% la universidad. En cambio, en el grupo de hijos de padres con primaria incompleta, solo el 31.7% logra completar la secundaria, y un porcentaje ínfimo, el 2.9%, termina la universidad.

En su informe como Relator a la Cumbre Social Mundial convocada por la ONU en Copenhague (1995), señalaba el ex Presidente chileno, Patricio Aylwin, que este mito no tenía ninguna base. Resaltaba que, en los hechos, los pobres cuando se les ofrecían oportunidades de educación y trabajo las tomaban con todo interés y compromiso.

Nuevamente la gran funcionalidad del mito es que, al culpabilizar a las víctimas, deja libres de responsabilidades a los otros actores de la sociedad.

### c. El mito de la oposición entre “dar pescado” y “ayudar a pescar”

Las políticas sociales son cuestionadas con frecuencia en el país a partir de esta expresión casi mágica. Ayudar, otorgar subsidios, a niños, jóvenes, u hogares en pobreza y pobreza extrema sería fomentar el “asistencialismo”. Eso debe ser combatido y debe ponerse todo el esfuerzo, en cambio, en proporcionar trabajo.

El mito crea una falsa oposición. Así, es fundamental que se ayude ya a los más de 4 millones de niños, hijos de trabajadores informales, que no tenían ningún sistema de protección, hasta la reciente creación de un subsidio universal para ellos. La pobreza tiene una característica muy especial. Muchos de los efectos que produce no son reversibles después. Como demostró UNICEF si no se ayuda ya a un niño con hambre, su cerebro se ve afectado, no se formarán las conexiones interneuronales, y tendrá atrasos para toda la vida.

Se debe ayudar con la mayor urgencia posible, pero al mismo tiempo hacerlo a través de políticas y programas que empoderen, capaciten, creen oportunidades productivas y laborales. Esa es una de las metas centrales de la buena gerencia social (1). Hoy los más de 80 programas de transferencias condicionadas, existentes en casi toda la región e instrumento que por su efectividad se ha extendido rápidamente, tratan de combinar

ambos grupos de objetivos.

El ataque masivo a las políticas de ayuda lleva a desacreditarlas y las debilita. No solucionan el problema, pero son imprescindibles para proteger ya mismo a los desprotegidos.

#### d. “Y yo que tengo que ver”

Los 90 cultivaron el individualismo a ultranza. Cada persona tenía el destino que se buscaba. El Estado que, en definitiva, es acción colectiva debía ser “mínimo”. Las preocupaciones debían estar centradas en ser exitoso, escalar, acumular. Si alguien quedaba en el camino era un problema de ellos o, en todo caso, se ocupaba alguna entidad especializada.

Se desarrollaron valores como la misma idea de “perdedores” y “ganadores” que llevaron a la insensibilidad frente a la pobreza. Las personas aprendieron a ver el “espectáculo” de la pobreza como ajeno, y de la misma categoría que cualquier otro hecho de la naturaleza. Pasaban frente a los niños de la calle, los ancianos pidiendo caridad, los sin techo, viéndolos sin verlos, perdiendo la posibilidad de hacer contacto con su figura humana. Muchos perdieron una calidad esencial del ser humano que lo hace tal, la de “indignarse” frente a las injusticias.

El mito de “yo que tengo que ver” es incompatible con los valores morales y espirituales del país, y con lo que se espera de un ciudadano integral. Los fundadores de la patria hace 200 años abrieron claramente caminos de lucha por la libertad colectiva, solidaridad con otros pueblos oprimidos, dieron ejemplo de preocupación y acción por el bienestar común.

El texto bíblico dice categóricamente en el Levítico (19:16): “No desatiendas la sangre de tu prójimo”. Todas las espiritualidades en actividad en el país reclaman “hacernos los unos responsables por los otros”. Tanto las bases espirituales de nuestra sociedad como el ideario moral del Bicentenario transmiten ese mandato.

Por otra parte, un ciudadano integral que cree genuinamente en los derechos propios de la democracia debe ser consciente que la pobreza significa, en la práctica, una negación radical de dichos derechos. Indignarse frente a ella, apoyar que se priorice y enfrente, no es un tema de compasión sino de restitución de derechos, y es central para el funcionamiento de una democracia integral y real.

### III. Todos Somos Responsables

Los mitos reseñados y otros añadibles operan en la práctica como grandes “coartadas”. Frente a la pobreza de los 90 la justificaban combinadamente, y llevaban a un abanico que iba desde el desentendimiento hasta la insensibilidad. Los discursos racionalizadores desde la cumbre del poder encontraban una sociedad “anestesiada” por los mitos.

Los tiempos cambiaron pero los mitos culturales que acompañaron a las ortodoxias económicas los superviven, y para cambiar esa situación, deben ser puestos en debate y activamente confrontados con la realidad una y otra vez.

Entender que la pobreza es un producto de lo que las sociedades hacen y las políticas que aplican, que los pobres están con frecuencia encerrados en trampas socio-

económicas, que es necesario desmontarla desde la política pública con la colaboración de la sociedad civil y de la responsabilidad social de la empresa privada, que se impone restituirles derechos cuanto antes, y que todos somos responsables y debemos colaborar, son desafíos clave para que pueda ser efectivamente desterrada.